

XI

EL EJÉRCITO

(Continuación.)

Mi buen maestro prosiguió en estos términos:
—Es preciso reflexionar, hijo mío, que los hombres unidos unos á otros en el transcurso de los tiempos por una cadena de la que sólo ven pocos eslabones, hacen depender la idea de nobleza de costumbres cuyo origen fué humilde y bárbaro. Su ignorancia favorece su vanidad. Fundan su gloria en miserias antiguas y la nobleza de las armas procede por completo de aquel salvajismo de los primeros tiempos cuyo recuerdo han conservado la Biblia y los poetas. ¿Qué es en realidad esa hidalguía militar erguida con tanto orgullo sobre nosotros, sino sombra degenerada de aquellos infelices cazadores de los bosques, de tal modo descritos por el poeta Lucrecio que nos hace dudar si son hombres ó animales? Es prodigioso, Dalevuelta, hijo mío, que la guerra y la

caza, cuya sola idea debía llenarnos de vergüenza y de remordimientos, recordándonos las miserables necesidades de nuestra naturaleza y de nuestra maldad inveterada, puedan, por el contrario, ser un motivo de orgullo para los hombres; es prodigioso que los pueblos cristianos sigan honrando el oficio de carnicero y de verdugo cuando es de abolengo en una familia, y, en una palabra, que los pueblos cultos midan la ilustración de los ciudadanos por el número de asesinatos y de tropelías que llevan en sus venas, por decirlo así.

—Señor abate—pregunté á mi buen maestro, ¿no creéis que el oficio de las armas es considerado como noble á causa de los peligros que en él se corren y del valor que es preciso demostrar para ejercerlo?

—Hijo mío—respondió mi buen maestro—, si realmente el estado de los hombres fuera noble á proporción del peligro que corren, me atrevería á afirmar que los campesinos y los obreros son los hombres más nobles del Estado, pues á morir de fatiga y de hambre se hallan propensos todos los días. Los peligros á que se exponen los soldados y los capitanes son menores en número y de menos duración; sólo abarcan algunas horas de la vida y consisten en afrontar las balas y granadas,

que no son tan mortíferas como la miseria. Es preciso que los hombres sean ligeros y vanos, hijo mío, para atribuir más gloria á las acciones de un soldado que á los trabajos de un labrador y para dar más importancia á las ruinas de la guerra que á las artes de la paz.

—Señor abate—pregunté de nuevo—, ¿no creéis que los soldados son necesarios para la seguridad del Estado y que debemos honrarlos en agradecimiento á su utilidad?

—Es cierto, hijo mío, que la guerra es una de las necesidades de la naturaleza humana y que no podemos imaginarnos pueblos que no se batan, es decir, que no sean homicidas, ni saqueadores, ni incendiarios. Tampoco concebiríais un príncipe que no fuese algo usurpador. Llegaríais á sentir desprecio por él, reprochándole que no ambicionara la gloria. La guerra es, pues, necesaria al hombre, está más en armonía con sus instintos que la paz, que sólo es un intervalo. Por eso vemos que algunos príncipes lanzan á sus ejércitos unos contra otros aprovechando el menor pretexto, la razón más fútil. Invocan su honor, que es de una delicadeza excesiva. Basta un soplo para producir una mancha que sólo puede lavarse con la sangre de diez, veinte, treinta, cien mil hom-

bres, según sea la población del reino. A poca reflexión que se tenga, no se concibe cómo el honor de un príncipe puede ser lavado con la sangre de tantos infelices, ó mejor dicho, se comprende que tales resoluciones carecen de sentido, son mera palabrería; pero los hombres se dejan matar con gusto por las palabras. Lo más admirable aún es que para un príncipe sea muy honroso robar una provincia, y que la transgresión que sería castigada con la muerte en un ciudadano audaz, sea laudable si la consume con la más furiosa crueldad un príncipe, con el auxilio de sus mercenarios.

Habiendo hablado así mi buen maestro, sacó su tabaquera del bolsillo y sorbió algunos polvos de rapé que le quedaban.

—Señor abate—le pregunté—, ¿no hay guerras honrosas motivadas por una causa justa?

—Dalevuelta, hijo mío—me respondió—, los pueblos educados aumentaron la injusticia de la guerra haciéndola inicua al mismo tiempo que muy cruel. Las primeras guerras tuvieron por causa el establecimiento de las tribus en las tierras fértiles. Así conquistaron los israelitas el país de Canaán. El hambre los impulsaba. Los progresos de la civilización extendieron la guerra, rea-

lizando la conquista de colonias y de factorías, como se ve por el ejemplo de España, de Holanda, de Inglaterra y de Francia. En fin, se han visto emperadores y reyes, robando provincias que no necesitaban en absoluto, para arruinarlas y desolarlas, sin más provecho que alzar pirámides y arcos de triunfo. Ese abuso de la guerra es lo más odioso, y hace suponer que los pueblos son cada vez peores, gracias al progreso de las artes, ó mejor aún, que siendo la guerra una necesidad humana, combaten por gusto cuando no tienen un motivo fundado para combatir.

»Estas reflexiones me afligen grandemente, pues me siento inclinado por mi condición á estimar á mis semejantes. Y lo que más me contrista, Dalevuelta, hijo mío, es que advierto que mi caja está vacía, y la falta de tabaco es lo que me hace sentir con más impaciencia mi pobreza.

Tanto para distraer y alejar su pensamiento de aquella desgracia íntima, como para instruirme en sus juicios, le pregunté si la guerra civil no le parecía la más detestable de las guerras.

—La juzgo—me dijo—bastante odiosa; pero no tan absurda, pues los ciudadanos, cuando luchan entre sí, tienen más probabilidades de saber por qué luchan que cuando combaten contra pueblos

extraños. Las sediciones y las querellas intestinas nacen generalmente de la extremada miseria de los pueblos. Son consecuencia de la desesperación y el único recurso que les queda á los miserables, que pueden prometerse de este modo una vida mejor y á veces hasta una parte de soberanía. Pero es de observar, hijo mío, que los sediciosos son desgraciados y, por lo tanto, más disculpables, cuantas menos probabilidades de éxito tienen. Hambrientos y estúpidos, armados sólo con su furor, son incapaces de grandes propósitos y de miras prudentes; de modo que el príncipe puede someterlos con facilidad. Es más difícil vencer la rebeldía de los grandes, que es detestable, pues no tiene la excusa de la necesidad.

»En fin, hijo mío, tanto la guerra civil como la extranjera, son execrables y de una malignidad que aborrezco.

XII

EL EJÉRCITO

(Continuación y fin.)

—Hijo mío—añadió mi buen maestro—; quiero mostraros juntas, en la condición de esos pobres soldados que van á servir al rey, la vergüenza del hombre y su gloria. En efecto, la guerra nos devuelve á nuestra brutalidad natural; es la consecuencia de una ferocidad que nos hace semejantes á los animales, no digo solamente á los leones y los gallos, que demuestran en sus luchas un orgullo admirable, sino también á los ruiseñores, á los grajos y á los paros, cuyas costumbres son levantiscas, así como á los insectos, á las avispas y á las hormigas que combaten con un encarnizamiento del que ni siquiera los romanos han dado ejemplo. Las principales causas de la guerra son las mismas en el hombre que en el animal, pues luchan uno y otro para conseguir ó conservar la presa, para defender el nido ó

la guarida, ó para gozar de una compañera. No hay en esto diferencia alguna, y el robo de las sabinas recuerda perfectamente los combates de los ciervos que durante la noche ensangrientan nuestros bosques. Hemos conseguido colorear esas razones mezquinas y naturales con ideas de honor que esparcimos sin gran oportunidad. Creemos luchar por causas muy nobles, y esa nobleza reside por completo en la vaguedad de nuestros sentimientos. Cuanto más sencillo, claro y preciso es el pretexto de la guerra, más odiosa y detestable resulta. Y aun cuando es cierto, hijo mío, que se ha llegado á combatir por el honor, esto es un exceso lamentable. Superamos en crueldad á las fieras, que nunca se hacen daño sin un motivo justificado; siendo muy cierto que el hombre es más perverso y más cruel en sus luchas que los toros y las hormigas en las suyas. Hay más aún: aborrezco menos al ejército por las muertes que siembra que por la estupidez y la ignorancia que le sirven de cortejo. No hay peor enemigo de las artes que un jefe de mercenarios ó de secuaces, y generalmente los capitanes no son mucho más cultos que sus soldados. La costumbre de imponer su voluntad por la fuerza hace á un hombre de guerra incapaz de la menor elocuen-

cia, que tiene su fuente en la necesidad de persuadir. Por eso el militar finge desprecio por la palabra y la cultura. Recuerdo haber conocido en Sééz, cuando era yo bibliotecario del señor obispo, á un capitán envejecido en la milicia, que pasaba por ser un hombre temerario y que tenía una cicatriz en la cara. Era un famoso truhán que había matado á muchos hombres y violado á varias monjas sin la menor mala intención. Tenía bastante conocimiento de su arte y era muy atildado en la compostura de su regimiento, el cual desfilaba mejor que ninguno. En fin, era un hombre de corazón y buen compañero cuando se trataba de vaciar un jarro de vino, como acontecía en la posada del *Caballo Blanco*, donde varias veces le encontré. Sucedió una noche que tuve el gusto de acompañarle (pues éramos buenos amigos), mientras enseñaba á sus hombres el modo de orientarse por las estrellas. Recitó primero la lección del señor Louvois, que habla de este asunto, y como la repetía de memoria desde treinta años atrás, no cometía más equivocaciones que en el Padrenuestro y el Ave María. Dijo á los soldados que buscaran en el cielo la estrella polar, está fija con relación á las otras estrellas, las cuales giran en torno suyo en sen-

tido contrario á las manecillas de un reloj. Pero él no apreciaba claramente lo que decía, pues después de haber repetido dos ó tres veces su frase con tono de suficiencia imperiosa, hablándome al oído, me dijo:

»—¡Pardiez! Abate, enseñadme esa dichosa estrella polar. ¡Que el diablo me lleve si la distingo en ese baturrillo de luciérganas de que el cielo está sembrado.

Le enseñé el modo de encontrarla señalándola con el dedo.

»—¡Oh!, ¡oh!—exclamó—la pécora se ha encaramado muy alta! Desde donde estamos no se la puede mirar sin torcerse el pescuezo.

»Y, enseguida, ordenó á sus sargentos que hicieran retroceder á los soldados cincuenta pasos para que pudieran ver con más facilidad la estrella polar.

»Lo que acabo de referiros, hijo mío, lo he oído y lo he presenciado, y reconoceréis que aquel militarote tenía una idea bien sencilla del sistema del mundo, y principalmente de los paralajes de las estrellas. Sin embargo, estaba condecorado por el rey, y con su uniforme bordado disfrutaba de mayor importancia en el reino que un sabio sacerdote. Esa rudeza del ejército es lo que no puedo sufrir.

Como mi buen maestro al decir aquellas palabras se había parado para respirar, le pregunté si no creía que á pesar de la ignorancia del capitán suponía necesario mucho talento para ganar batallas, y me respondió:

—Dalevuelta, hijo mío, teniendo en cuenta las dificultades que hay que vencer para formar y conducir los ejércitos, los conocimientos precisos para el ataque ó la defensa de una plaza y la habilidad que exige la conservación de un buen orden de batalla, reconoceremos fácilmente que sólo un genio casi sobrehumano, tal como el de César, es capaz de semejante empresa, y nos admiraremos de que hayan existido espíritus que reúnan casi todas las condiciones de un verdadero táctico. Un gran capitán conoce no sólo la conformación del terreno, sino también las costumbres y las industrias de los pueblos. Tiene presentes una infinidad de circunstancias insignificantes, apoyado en las cuales concibe luego resoluciones sencillas y amplias. Puede variar de pronto, por inspiración y en el campo de batalla, los planes que había meditado y trazado lentamente de antemano; siendo á la vez muy prudente y muy audaz, su pensamiento tan pronto camina con la lentitud del topo como se lanza con la rapidez del vuelo del

águila. Nada es tan cierto. Pero reflexionad, hijo mío, que cuando dos ejércitos se hallan uno frente á otro, es preciso que uno de ellos sea vencido, de lo que se deduce que el otro forzosamente será el vencedor, sin que el jefe que lo dirige reúna todas las condiciones de un gran capitán, y hasta es posible que no tenga ninguna. Hay, á no dudarlo, jefes hábiles; los hay también afortunados, cuya gloria no es menor. ¿Cómo distinguir en los encuentros terribles lo que es un efecto del arte de lo que es asunto de suerte? Pero, me desviáis de mi asunto. Dalevuelta, hijo mío; quería demostraros que hoy la guerra es la vergüenza del hombre, cuando en otro tiempo fué su honor. Establecida en los imperios por necesidad, fué la educadora del género humano. Por ella los hombres han adquirido todas las virtudes que educan y sostienen las ciudades. Por ella han aprendido á ser pacientes, firmes, á saber despreciar el peligro y á conocer la gloria del sacrificio. El día en que los pastores arrastraron pedazos de rocas para hacer un cercado, detrás del cual defendían á sus mujeres y á sus bueyes, se fundó la primera sociedad humana, asegurándose el progreso de las artes. El mayor beneficio de que disfrutamos: la patria, la ciudad, la cosa augusta que los roma-

nos adoraban más que á sus dioses, la urbe, es hija de la guerra.

»La primera ciudad fué un recinto fortificado, y en aquella cuna ruda y sangrienta nacieron las leyes augustas, las hermosas industrias, las ciencias y la sabiduría; por eso el verdadero Dios quiso ser nombrado el Dios de los ejércitos.

»Lo que os he dicho, Dalevuelta, hijo mío, no fué para que firméis vuestra enganche á ese sargento reclutador y sintáis deseos de convertirlos en un héroe á razón de sesenta palos por día, como término medio.

La guerra es en nuestras sociedades un mal hereditario, un retroceso lascivo á la vida salvaje, una puerilidad criminal. Los príncipes de nuestro tiempo, y principalmente el difunto rey, ostentarán y sufrirán para siempre la ilustre vergüenza de haber hecho de la guerra juego y el entretenimiento de la corte. Me apena pensar que no veremos el fin de esas matanzas concertadas.

»En cuanto al porvenir, al insondable porvenir, tolerad, hijo mío, que yo me lo imagine más conforme con el espíritu de dulzura y de equidad que siento en mi alma. El porvenir es un lugar apropiado para depositar nuestros ensueños. En él, como en Utopía, el sabio se complace en cons-

truir. Quiero creer que los pueblos adquirirán algún día pacíficas virtudes. Me complace descubrir en el engrandecimiento creciente de los ejércitos un presagio lejano de la paz universal. Los ejércitos aumentarán sin cesar en fuerza y en número, amenazando absorber á los pueblos por entero. Entonces el monstruo será víctima de su hartura, reventando de gordo.

XIII

LOS ACADÉMICOS

Aquel día supimos que al obispo de Séez le nombraban miembro de la Academia Francesa. Había pronunciado veinte años atrás un panegírico de San Maclou que fué tenido por obra de mérito, y me atrevo á suponer que contendría pasajes excelentes, porque mi buen maestro, el señor abate Goignard, algo escribió en él antes de escaparse del obispado con la camarera de la señora la Baillive. El señor obispo de Séez pertenecía á la más elevada nobleza normanda. Su piedad, su bodega y su cuadra eran justamente ponderadas en todo el reino, y su propio sobrino administraba los beneficios eclesiásticos. Su elección á nadie sorprendió. Mereció la aprobación general, exceptuando á los irascibles del café Procopé, que nunca están satisfechos.

Mi buen maestro criticó indulgentemente su espíritu de contradicción.